

GABRIELA MARTÍN

Miquel Tarradell en Valencia

En Febrero de 1956, Miquel Tarradell, el joven director del Museo de Tetuán en el antiguo Protectorado Español de Marruecos, ganó la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Valencia. Se iniciaba un proceso que transformaría la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia en una de las más respetadas de España, tras la incorporación al claustro de la misma de Antonio Ubieta, Juan Reglá, Antonio López Gómez, Miquel Dolç i Dolç y Emilio Giralt.

La década de los sesenta significó sin lugar a dudas, en la especialidad de Geografía e Historia, un periodo brillante de nuestra Facultad que sentó las bases para la formación de varios grupos y escuelas que se iniciaron en el antiguo claustro de la calle de la Nave. Los años cincuenta no fueron buenos tiempos, era la época de *impasible el ademán*, ni siquiera se tomaba en serio que las mujeres estudiaran. La Universidad literaria de Valencia era en los cincuenta el pequeño feudo extremadamente provinciano de unos pocos. Derecho en la planta baja. Filosofía en el primer piso, *los chicos* abajo y *las chicas* arriba. En el medio del claustro, la estatua de Luis Vives esperando tiempos mejores, en que el ademán no fuera tan *impasible*.

Estos apuntes no pretenden ser una biografía de M. Tarradell, ni siquiera de sus años como catedrático en Valencia, sobre los que ya escribió Enrique Llobregat con más detalles y con la precisión que le es propia en el libro-homenaje publicado en Barcelona, artículo que aparece también en este volumen. He intentado

reunir, del paso de M. Tarradell por Valencia, un álbum de recuerdos personales.

Las alumnas de la Facultad provenían principalmente de colegios de monjas, con algún cura por añadidura y alguna que otra chica del Instituto femenino San Vicente Ferrer, como era mi caso. Ese fue el ambiente universitario que Miquel Tarradell encontró al llegar a Valencia.

Nos contaba que le llamó la atención lo monas que eran las alumnas y lo bien vestidas que iban, lo que contrastaba vivamente con los enormes bocadillos que sacaban de sus bolsos a la hora del almuerzo. El los bautizó como bocadillos tipo flauta o tipo armónica, según la preferencia que mostraran sus dueñas al comérselos.

Hubo cierta expectativa con la llegada del nuevo catedrático que traía consigo un aire cosmopolita. ¡Había estudiado en París y en Nueva York! y era arqueólogo de los de verdad, de los que excavaban en tierras que entonces nos parecían exóticas: Africa, ¡ la legendaria Cartago!, (el nombre de Lixus nos sonaba menos). Las circunstancias eran muy diferentes a las de hoy, téngase en cuenta que a comienzos de los cincuenta podía exigirse hasta dieciocho documentos para conseguir un pasaporte, porque la pretensión de viajar al extranjero te convertía en sospechoso, como no fuera para ver el Papa en Roma o peregrinar a Lourdes.

No sabíamos demasiado del nuevo catedrático pero los más informados insinuaban que había pertenecido



Lámina I. Tarradell explicando arqueología en el barco Akdeniz, rumbo a Alejandría (1967). (Archivo Pitarch).

al *cautivo y desarmado*, lo que aumentaba su prestigio en ciertos medios más o menos clandestinos. El hombre nos parecía diferente en todo, desde la corbata de pajarita y el bronceado arqueológico, hasta el aire afable y a la vez distante. En aquella época se decía en la Facultad que los catedráticos pasaban por tres fases: Sancho el Bravo, Sancho el Fuerte y Sancho el Manso. El profesor Tarradell no encajaba en ninguna y encima ¡era de Barcelona!

El primer año lectivo fue el 57, el año de la riada. El primer trimestre no tuvimos clase y sólo lo vimos después de Navidad. La verdad es que no tuvo mucha suerte con las primeras promociones de su Facultad y me confesó años más tarde que su primera impresión fue desalentadora, hasta que apareció Enrique Llobregat con su aire de joven promesa y las cosas empezaron a mejorar. Poco después Milagro Gil-Mascarell y Carmen Aranegui. El Laboratorio de Arqueología se animaba.

A sus discípulos nos sorprendía algo muy peculiar que caracterizaba la vida de M. Tarradell; siempre le pasaban cosas curiosas, aventuras y sucedidos que se convertían en anécdotas, contadas con tal abundancia y variedad que nos asombraban precisamente porque a nosotros nunca nos pasaba nada. “¿Les conté lo que me pasó excavando en Cartago?” “¿Les dije lo que me contó el alcalde de Tetuán?”. Y surgía siempre la situación insólita o la historia inesperada. Con el pasar del tiempo me di cuenta de que a todos nos pasaban cosas parecidas, la diferencia estaba en que él sabía encontrar el lado amable y cómico de la vida y lo aprovechaba. “Los pobres tenemos que encontrar formas de reírnos gratis”, era una frase muy suya.

Cuando Tarradell se incorporó a su cátedra no abandonó su trabajo en Marruecos donde había llevado a cabo importantes excavaciones, lo que le hacía a nuestros ojos diferente a otros catedráticos: más viajado, más sofisticado y más culto. Su periodo en Marruecos duró desde 1948 a 1956, época en que tomó contacto con el mundo púnico que nunca abandonaría. Con anterioridad, en los años 46-47, trabajó en Granada, cuando excavó Montefrío y Monachil e intentó formar un Servicio de Arqueología al estilo del SIP, pero no consiguió interesar a las autoridades granadinas, pues, como comentaría después, la Alhambra pesaba demasiado para darle importancia a la prehistoria.

Existía ya el Laboratorio de Arqueología de la Universidad, fundado en 1924 y Tarradell no le alteró el nombre si bien el tal “Laboratorio” no funcionaba como tal al hacerse cargo de la cátedra. Su origen fue una especie de tertulia de amigos, amantes de una arqueología que hoy nos parece pre-científica y entre cuyos miembros destacados estaba Nicolau Primitiu Gómez Serrano y D. Pío Beltrán. Lo fundó el profesor Luis Gonzalvo París y a través de las conferencias pronunciadas por algunos de sus antiguos miembros, durante las conmemoraciones de su 50º aniversario, podemos ver cuál fue el espíritu de aquel lejano Laboratorio. Todos los participantes de esa reunión se refieren a él con simpatía, pero quizá quien mejor lo retrata sea Manuel Ballesteros Gaibrois que, como catedrático en Valencia, lo dirigió entre 1940 y 1950, “años difíciles de la postguerra”, según sus palabras. El profesor Ballesteros se refería a la formación enciclopédica de los catedráticos de entonces, cuando un único profesor había de impartir Arqueología, Epigrafía, Numismática, Paleografía Diplomática y Bibliografía, como fue el caso de D. Luis Gonzalvo, profesor de todas “esas ciencias auxiliares de la Historia”. M. Ballesteros y L. Pericot recordaron también la presencia asidua de algunos jóvenes y entre ellos a Olimpia Arocena Torres, mujer inteligentísima y con fama de guapa, que como adjunta en los largos años en que la cátedra estuvo vacante, hasta la llegada de Tarradell, se vio obligada a impartir todo aquel rosario de asignaturas que nos cita Ballesteros, de acuerdo con el ambiente humanista y clasicista que, como decía D. Felipe Mateu i Llopis, otro miembro destacado del Laboratorio, reinaba en la Universidad Literaria de Valencia y su Laboratorio de Arqueología. No por eso dejó Doña Olimpia de ser una excelente y dedicada profesora de quien fui alumna, amiga y sucesora en la adjuntía.

Las buenas relaciones entre el Laboratorio de Arqueología y el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia fueron de suma importancia para la arqueología valenciana tras la llegada de Tarradell. Domingo Fletcher y Enrique Pla, director y subdirector respectivamente del SIP lo recibieron muy bien desde el principio y pusieron a su disposición la biblioteca, los materiales arqueológicos, los archivos y cuanta información precisara, tanto él como sus alumnos. Los contactos con el SIP se iniciaron el 1955 cuando excavó, con Enrique Pla, la Punta d'Illa en Cullera. El pequeño bronce de Hércules que se conserva en el Museo del SIP, se encontró en esa época. La gran amistad que siempre le uniría a Enrique Pla comenzó en esta excavación, fueron veintuna paellas distribuidas en los veintidós días de excavación, según recordaba Tarradell después.

Como catedrático de la asignatura, le correspondía también, por derecho, el cargo de Delegado de Zona del Distrito Universitario, que en la época abarcaba Castellón, Valencia y Alicante, de forma que inmediatamente después de llegar a Valencia, empezó una intensa actividad arqueológica cuyo ritmo mantendría hasta su traslado definitivo a Barcelona. Sin embargo sus actividades no se limitarían a la arqueología, ya que desde el principio la política y la cultura ocuparían también gran parte de su tiempo y energías. El arqueólogo y catedrático brillante tenía un lado oculto de conspirador que se dedicaba a tareas clandestinas o casi, con los grupos más progresistas que preparaban la España de "después de Franco". Era una actividad político-cultural en la que no se sabía bien donde empezaba una y donde terminaba la otra y de la que sabíamos muy poco los que estábamos cerca de él como estudiantes de arqueología, pues siempre tuvo el cuidado de separar su actividad profesional de las otras. ¿Cómo podíamos pensar que en aquel impersonal Laboratorio de Arqueología en la torre de la antigua Facultad se reunían a *poqueta nit* los inspiradores del futuro *País Valencià*? Supongo que le preocupaba la posibilidad de implicarnos y se lo impedía su ética personal no siempre bien comprendida. Su forma de hacer política nacionalista, por medio de la cultura, fue sutil pero efectiva en las relaciones con intelectuales y universitarios de otras áreas. La meta a la cual dedicaba sus múltiples actividades era la "desprovincialización" de la arqueología y de la cultura valencianas, convencido de la enorme fuerza cultural que Valencia tenía si se libraba del dogal *dels Jocs Florals* y la barraqueta.

Con motivo del Vº Centenario de Ausías March, se fundó en 1959 el Aula Ausías March en el que colaboraron Julián San Valero y Miquel Dolç i Dolç, que se reunía en el Aula Magna de la Universidad para actos culturales, cursos y conferencias en valenciano. Un catalán, un valenciano y un mallorquín trabajaban por una cultura de raíces comunes, sin las implicaciones disgregadoras que años después tanto envenenarían las relaciones.

La primera excavación en la que participé todavía como alumna, fue en Alicante en el Tossal de Manises, que después continuaría E. Llobregat cuando ganó la oposición y fue nombrado Director del Museo Arqueológico de Alicante. Acampamos en tiendas de campaña cerca de la excavación, hecho algo insólito, en aquella época, para estudiantes de Filosofía y Letras. Acampamos también en otras excavaciones, como forma cómoda y barata de hacer arqueología de campo. Uno de los campamentos arqueológicos que recuerdo con más cariño fue el del poblado ibérico de la Serreta, en Alcoi. Todo contribuyó a la buena armonía de aquella campaña arqueológica: el paisaje, la importancia y la situación del yacimiento y muy especialmente la participación de dos figuras extraordinarias, lamentablemente desaparecidas de forma prematura, como eran Matilde Font, mujer de Tarradell y Vicente Pascual, director del Museo de Alcoi. Científicamente, en la excavación de la Serreta como en otros poblados ibéricos que Tarradell también excavó, se buscaba el enlace entre las ocupaciones prehistóricas de la Edad del Bronce y los nuevos ocupantes ibéricos de la Edad del Hierro. La intensa actividad ar-



Lámina II. Matilde Font, Miquel Tarradell, Enric Llobregat, Gabriela Martín, Michel Ponsich, Mila Gil-Mascarell, Raquel Barceló y Josep Lluís Pitarch en un descanso del viaje a Jerez (1969). (Archivo Pitarch).



Lámina III. D. Miquel Tarradell al pasar por el "poblado cowboy" de Almería, camino de Jerez. (Archivo Pitarch).

queológica del SIP y del Departamento de Arqueología y Prehistoria de la Universidad, han resuelto posteriormente muchos de estos problemas, quizá con equipos más numerosos y mayores medios, pero aquellos pequeños campamentos casi familiares, sentaron, sin duda, las bases de trabajos posteriores, como por ejemplo fue la tesis doctoral de Milagros Gil-Mascarell, que también participó de la excavación de la Serreta y con quien compartí la tienda de campaña. Entre los buenos recuerdos, quedó el aroma del café matinal que servía de despertador y del que yo era responsable, la paella de los domingos, obra de Vicente Pascual y las conversaciones por la noche con hoguera y todo, en las que Matilde perdía un poco de su timidez y podíamos disfrutar de su gran inteligencia.

Las acampadas servían también como cribo de vocaciones arqueológicas. La arqueología encierra un aura mágico-romántica que poco coincide con la realidad y entre los alumnos que frecuentaban las excavaciones -Tarradell fue siempre muy abierto a su presencia- había reacciones entre la decepción y el espanto de los que salían corriendo a los dos días de mancharse de tierra y no contar con cocina y baño adecuados, pero a los que se quedaban, el entusiasmo les duraba ya para siempre.

Una circunstancia casual y feliz nos permitió excavar una factoría romana de salazón en Jávea. El Ministro de Hacienda, D. Mariano Navarro Rubio, construía una casa en Punta de l' Arenal. Afortunadamente su mujer, María Dolores Serres, era aficionada a la arqueología y cuando empezaron a aparecer restos romanos y se desenterraron los *Baños de la Reina*, interrumpió prudentemente las obras y comunicó al SIP los hallazgos. Así que allí me fui yo por

encargo de Domingo Fletcher. Tarradell acudió después, cuando le expliqué de qué se trataba y su diagnóstico fue inmediato: "Esto es una factoría de *garum* o similar". El conocía muy bien ese tipo de establecimientos por sus excavaciones en Marruecos, especialmente en la gran factoría de industrias de salazón de Lixus e incluso había publicado su libro *Garum et industrias antiguas de salaison*, en colaboración con Michel Ponsic.

La factoría romana de Punta de l' Arenal fue la primera excavación que dirigí, bajo la mirada atenta de Tarradell y de la que surgió mi tesis doctoral, basada en la importancia de la romanización en la zona de Denia-Jávea y el derrumbe del mito griego en la costa de Alicante.

Con los materiales de aquella excavación, montamos, Enrique Llobregat y yo, un pequeño museo para el Sr. Ministro, aprovechando el recinto de una gran cisterna romana ubicada en el mismísimo jardín de su casa. ¡Los había con suerte! Además de ministro todopoderoso de Franco, tenía un yacimiento romano en su jardín, con columnas y capiteles jónicos y encima le instalaba un museo una persona tan competente como Enrique Llobregat. Hay que reconocer que la familia Navarro Rubio fue muy gentil con nosotros. Nos hospedó en su casa durante las excavaciones de la Cova Ampla del Montgó, que fueron días de convivencia con Tarradell, Matilde, Milagro Gil-Mascarell, Ana Salvá, Enrique Llobregat y yo, básicamente su primer equipo de colaboradores. Nos bañábamos por la tarde en las piscinas naturales de los *Baños de la Reina*, después de un día de calor y la penosa subida diaria hasta la cueva. Tarradell comentaba sus especiales preferencias por los establecimientos costeros, reconociendo que su verdadera vocación era la arqueología de litoral. "Busquen un lugar de la costa donde se construirían una casa y pueden excavar que encuentran un yacimiento fenicio, griego o romano", nos aconsejaba.

Cuando excavaba la factoría romana de Punta de l' Arenal me convertí en una especie de atracción turística entre los frecuentadores de la casa del ministro. De vez en cuando tenía que hacer de guía y enseñar las excavaciones que se habían realizado en la cueva del Montgó, cuyo entorno ecológico hasta el cabo de San Antonio había tomado D. Mariano bajo su protección, repoblando con especies exóticas de cactus y palmeras sus peladas laderas. Me acompañaban a

veces algunos de sus numerosos hijos y cuando sonaban las doce el ministro les avisaba con un *walkie-talkie*: “es la hora del Ángelus” y nos parábamos a rezar. Hoy el aparatito es un juguete común pero en la época a que me refiero - años sesenta - era un adelanto técnico al servicio de la religión muy digno de tenerse en cuenta y sólo para ministros. Tarradell bromeaba: “oiga, con sus buenas relaciones con el Opus acaba usted de directora general de algo”. No llegué a tanto, pero hablando arqueológicamente, la influencia y ayuda de Mariña Dolores Serres nos permitió recuperar inscripciones perdidas, ánforas púnicas y romanas, capiteles y columnas, depósitos para salazón y una buena colección de cerámicas que después publicamos en Trabajos Varios del SIP.

En 1965 excavamos parte de la Valencia romana aprovechando las obras para el aparcamiento subterráneo de la Plaza de la Reina. Trabajábamos con obreros cedidos por el Ayuntamiento, que no tenían la menor idea de lo que era una excavación arqueológica. Era una brigada de diez a quince hombres, murcianos y andaluces, que al principio parecían desconfiar de que nuestro trabajo no fuera una tomadura de pelo, pero acabaron interesándose y nos hicimos amigos, tanto que insistían para que Tarradell los llamara siempre que hubiera otra excavación. Por la mañana temprano se ponían a cribar la tierra retirada en las últimas horas de la tarde. “No se preocupe Don Miguel, que lo guardamos todo, las piedras y los tiestos también”, le aseguraba el capataz. Antes de las nueve llegábamos Tarradell o yo: “pues mire usted, hoy no han aparecido más que unos pocos tiestos y una chapa de chorizo”. La chapa de chorizo resultó ser una moneda visigoda de oro, uno de los hallazgos más importantes de la excavación. La memoria de esa excavación la firmábamos M. Tarradell, E. Llobregat y yo. El primero redactó la memoria y las conclusiones, yo me encargué del estudio de las cerámicas romanas y Llobregat de los materiales árabes (cerámicas y una inscripción, principalmente). Lamento que no se publicara en su día ni en los años siguientes, por diversas razones que no vienen al caso. Hoy ya no tiene tanto valor pues se han realizado otras excavaciones en la ciudad y los problemas de la *Valentia* romana se han ido resolviendo, pero en aquella época fue la primera vez que se realizaba una excavación dentro de la ciudad dirigida por un especialista y bajo la responsabilidad de la cátedra de arqueología. Las excavaciones anteriores habían sido un desastre desde el punto de vista cientí-



Lámina IV. Miquel Tarradell y Matilde Font de excursión. (Archivo Pitarch).

fico, porque el servicio de arqueología municipal no estaba bien organizado como lo está hoy y durante años lo habían dirigido manos irresponsables. Básicamente, la excavación de la Plaza de la Reina nos demostró que los cimientos de la Valencia árabe habían destruido los estratos imperiales a la vez que los numerosos pozos abiertos en las casas del periodo musulmán, llegaban muchas veces hasta los niveles más antiguos de la ciudad romana. Estos aparecieron bastante claros y las cerámicas campanienses se correspondían con las fechas de fundación (138 a.J.C.). A partir de estos materiales publiqué un estudio comparativo de las cerámicas procedentes de los estratos más antiguos de tres ciudades romana: *Valentia*, *Pollentia* y *Albintimilium*.

Los que fuimos alumnos de Tarradell siempre habremos de agradecerle su continuo apoyo para que publicáramos nuestros trabajos lo antes posible. Le espantaba la enorme cantidad de materiales arqueológicos que se acumulaban en los depósitos, producto de excavaciones ya casi olvidadas, realizadas por jóvenes promesas que deberían haberlas publicado pero que se estaban haciendo viejos y pasaban directamente de jóvenes promesas a viejas glorias sin mayores méritos. Los *Papeles del Laboratorio de Arqueología*, que fundó en 1962 y cuyo primer número se dedicó a la ciudad de Valencia, tuvieron sobre todo ese fin, facilitar el acceso de sus colaboradores a una publicación periódica especializada. Les dio a propósito un formato muy libre. Un número serían los *papeles* de varios colaboradores, el siguiente estaría dedicado a un monografía. De este modo pude publicar mi trabajo sobre *Hemeroskopeion* y *Dianium*, y publicamos juntos una monografía sobre *Lucentum*. Por lo menos en eso he seguido sus pasos y

he fundado en la Universidad de Recife (Brasil), la revista *Clio Arqueológica* que permite a mis colegas y colaboradores dar a conocer la todavía incipiente arqueología brasileña y que a partir de 1994 se publica bilingüe en portugués y en inglés.

Desde el neolítico a la romanización incluida, M. Tarradell se interesó y estudió todos los periodos de población antigua de Valencia. No trabajó el paleolítico por considerarlo más cercano a las ciencias naturales que a las humanas, de modo que con excepción de ese periodo, la arqueología valenciana le debe la formulación de posiciones teóricas sobre las diversas fases que integran la prehistoria de Valencia en el *oikumene* mediterráneo. La delimitación geográfica de la cultura de El Argar y la identificación de un genuino Bronce Valenciano independiente, puede considerarse su primer trabajo “valenciano”.

La desmitificación del mundo griego en la región valenciana y la valorización de lo romano, son también aportaciones importantes que le debemos. La fama de desmitificador aplicada a datos que se consideraban inmutables por la fuerza de la erudición de otras épocas, le va muy bien al carácter investigador y abierto del arqueólogo M. Tarradell.

De la misma forma cuidadosa que Enrique Pla demostrara que la ceca DINIU no estaba en Denia, Tarradell en *Numisma*, retiró LAURO de Liria, una ceca que en realidad se situaba en el Vallés. La demostración de la verdad arqueológica son datos a favor de Valencia y no en contra, como lo fue también demostrar que las factorías de *garum* de la costa de Alicante eran todas romanas imperiales y no griegas o republicanas, tema de que traté en mi tesis doctoral dirigida por Tarradell.

Como discípulo de grandes arqueólogos, como Pere Bosch Gimpera, Lluís Pericot y Bernabó Brea, siempre procuró dar una visión universalista y mediterránea global a la prehistoria valenciana y repito, “desmitificador”, es la palabra que, en mi opinión, mejor lo retrata. Citaré otro ejemplo: sus opiniones, publicadas o sólo pronunciadas, sobre el famoso tesoro de Villena, los casi doce kilos de oro entre cuencos, botellas y brazaletes, llevó a los sabios locales a una magnificación de su importancia que causó gran impacto y transformó, en cierto modo, la realidad arqueológica de la región. Tarradell lo describió como el ajuar real de un rey pobre que tiene algunos objetos de oro como símbolo de poder y lo comparó con Alcinoos, rey de la pequeña

isla de los feacios, cuya hija lava la ropa con sus esclavas y ofrece a Ulises agua en una jarra de oro y comida en un cuenco de plata. No puedo olvidar la impresión que nos causó el tesoro de Villena a E. Llobregat y a mí, cuando José María Soler, delegado provincial de excavaciones, tras una breve espera y la abertura espectacular de las puertas correderas de su despacho particular, nos lo presentó sobre un terciopelo rojo.

Tarradell compartió también, con Antonio Arribas y Daniel E. Woods, durante más de treinta años, la dirección de la Fundación W. Bryant, lo que proporcionó a sus colaboradores la ocasión de participar en las excavaciones que esta institución realiza en Mallorca desde hace cuatro décadas. Para los estudiantes valencianos fue la oportunidad de conocer excavaciones con cierto aire internacional, fuera de su provincia. Por allí pasamos prácticamente todos sus alumnos, tanto los que continuamos arqueólogos como los que siguieron otros caminos. Durante los diez años que frecuenté “los veranos de la Bryant”, acumulé tantas anécdotas divertidas que necesitaría un libro para contarlas. Tanto es así que Enrique Llobregat reunía datos para escribir lo que él llamaba el *Cuarteto de Arqueología*, en el que salíamos todos más o menos mal parados. Era una especie de memorias que nos prometía para después de su jubilación.

Enrique Pla participó también en algunas campañas, excavando en las necrópolis de Son Real y en l'Illa dels Porros. Lo recuerdo sentado en la biblioteca, por las tardes, soportando el calor y dibujando pacientemente los materiales de las necrópolis que después han ilustrado tantas publicaciones. Me tuvo casi un mes enseñándome a dibujar clavos de bronce y de hierro, hasta conseguir diferenciar la textura de estos dos materiales. Aprendí, pero desde entonces le tomé manía a la edad de los metales.

Trabajábamos y residíamos en un caserón del s. XVI, antigua casa de canónigos, comprada por Bryant para sede de la Fundación. Toda la planta baja era museo, laboratorio, cocina y comedor. El primer piso para los catedráticos y el segundo para alumnos y profesores jóvenes. Bajar al primer piso era el reconocimiento implícito de aumento en la jerarquía. Entre todos componíamos además una novela policiaca, cuya clave consistía en descubrir de quien era el cadáver encontrado entre las tumbas de Son Real y que un famoso antropólogo físico demostraba que no era prehistórico. El misterio enlazaba con otra muerte, esa

real, ocurrida en “La Mariposa”, pequeño hotel donde se hospedaba parte del grupo americano y que, casualmente, había utilizado Agatha Christie para su relato *Misterio en Pollensa*. Nuestra novela no se acabó, por que ninguno de nosotros quería ser el asesino.

Hay que decir que no todo eran rosas en la Fundación Bryant, pues en varias campañas hubo serias dificultades económicas según fuera el humor del mecenas Bryant. A pesar de eso, se trabajaba mucho, las excavaciones duraban todo el día y había grandes cantidades de materiales para clasificar, numerar y dibujar. Las únicas distracciones eran una hora de playa a medio día y el café en la plaza por la noche, en una Alcudia que, dentro de sus murallas, ignoraba la existencia de turistas.

Los antiguos alumnos de Miquel Tarradell recordaremos siempre con cariño nuestros periplos con él y su mujer por España y Portugal, o más lejos cuando fue posible: Egipto, Italia, Turquía. Recuerdo la decepción del chofer del microbús de “Viajes Lozano” cuando llegamos a los toros de Guisando. El hombre, harto de ver “piedras”, se animó al oír hablar de “los toros”, pensando que íbamos a una corrida, pero cuando aparecieron las enormes esculturas de Guisando en medio del descampado dijo “¿Pero los toros son eso?”, y no nos dirigió la palabra el resto del día.

Mi querido profesor Tarradell, voy a terminar aquí porque corro el riesgo de ponerme sentimental. Veo las nuevas generaciones en la universidad y no siento la menor nostalgia de las nuestras. “Los jóvenes de ahora” son más inteligentes y maduros, saben lo que quieren, no admiran ni respetan a nadie, lo que está muy bien, se visten como quieren, comen mucho mejor que nosotros y son más guapos, ¿qué más se puede pedir?. Con ellos la arqueología tiene mucho futuro, pueden hacer una arqueología mejor que la nuestra y espero que así lo hagan. Usted sembró una semilla que ha dado sus frutos.

GABRIELA MARTÍN
Departamento de Historia-UFPE
Av. Bos Viagem, 5740 - APT. 162
51021 Recife (Brasil)

BIBLIOGRAFÍA VALENCIANA DE MIQUEL TARRADELL

1958: El Tossal Redó y el Tossal del Caldero, dos poblados de la Edad del Bronce en el término de Bellús (Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, VIII, Valencia.

- 1960: La cultura de los sepulcros de fosa de Cataluña y el problema de sus relaciones con Valencia y Almería. *Saitabi*, X, Valencia.
- 1961: de estratigrafía comparada y de cronología de los poblados ibéricos valencianos. *Saitabi*, XI, Valencia.
- 1961: Sobre la identificación de los poblados eneolíticos valencianos. Crónica del VI Congreso Nacional de Arqueología (Oviedo, 1959).
- 1962: *La fundación de Valencia*. Publicaciones del Ateneo Mercantil, Valencia.
- 1962: Valencia, ciudad romana: estado actual de los problemas. *Saitabi*, XII, Valencia.
- 1963: *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Anales de la Universidad de Valencia, vol. XXXVI, Curso 1962-63, Cuaderno II, Filosofía y Letras, Valencia.
- 1963: Ensayo de identificación de las necrópolis del Bronce valenciano. *Archivo de Prehistoria Levantina*, X, Valencia.
- 1963: Villena como ejemplo. *Villena*, 13, Villena.
- 1965: Prehistòria i antiguitat. *Història del País Valencià*, I, Barcelona.
- 1965: Valencia-Pinedo: Hallazgo submarino. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, VII, 1963, Madrid.
- 1965: Nuevos datos para la localización de la ceca de Lauro”. *Numisma*, año 15, n.73, Madrid.
- 1965: “La primera fecha de C14 para el Bronce Valenciano. *Pyrenae*, I, Barcelona.
- 1966: Sobre el tesoro real de Villena. *Saitabi*, XIV, Valencia.
- 1966: Sobre el tesoro real de Villena. *Villena*, 16, Villena.
- 1969: La cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación. Miscelánea Pericot, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6, Valencia.
- 1969: Noticia de las recientes excavaciones del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia. *Crónica del X Congreso Nacional de Arqueología* (Mahon, 1967), Zaragoza.
- 1970: Dos nuevas fechas de C 14 para Villena y Mallorca. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10, Valencia.
- 1970: Nuevo plomo escrito greco-ibérico de la Serreta de Alcoy (Campaña 1968). *XI Congreso Nacional de Arqueología* (Mérida, 1969), Zaragoza.
- 1972: Grafito greco-ibérico de la comarca de Alcoy sobre campaniense A. *Rivista di Studi Liguri*, XXXIV, 1-3, 1968 (Omaggio a Fernand Benoit, II), Bordighera.
- 1973: Nuevo miliario de Chilches y notas sobre vías romanas y toponimia. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 9, Valencia.
- 1974: *Cuevas sagradas o cuevas santuarios: un aspecto poco valorado de la religión ibérica*. Memoria 1973 del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, Barcelona.
- 1976: Las ciudades romanas en el este de Hispania. Bimilenario de la Colonia *Caesaraugusta*. Symposium de Ciudades Augusteas (Zaragoza, 5-9 de octubre de 1976). *Ciudades Augusteas de Hispania*, I, Zaragoza.
- 1977: El arte de los iberos: escultura y pintura. *Investigación y Ciencia*, 5, Barcelona.

GABRIELA MARTÍN

- 1978: *Les ciutats romanes dels Països Catalans*. Discurs llegit el dia 18 de maig en l'acte de recepció pública a la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, Barcelona.
- 1980: *Santuaris ibèrics i ibero-romans a llocs alts*. Institut d'Arqueologia i Prehistòria, Universitat de Barcelona, Memòria 1979, Barcelona.
- 1981: Les ciutats romanes del País Valencià, base de l'actual estructura urbana. *I Congreso de Historia del País Valenciano* (Valencia 14-18 de Abril 1971), vol.II, Valencia.
- 1985: El poblament ibèric del Tossal de la Cala de Benidorm. *Fonaments*, 5, Barcelona.
- LLOBREGAT, E. y TARRADELL, M.; 1969: Avance de los resultados de las excavaciones arqueológicas en curso en el Tossal de Manises, Alicante, durante los meses de agosto a noviembre del año 1966. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, X-XI, 1966-1968, Madrid.
- TARRADELL, M. y MARTÍN, G.; 1970: Els Antigons-Lucentum. una ciudad romana en el casco urbano de Alicante. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 8, Valencia.
- TARRADELL, M. y SANMARTÍN GREGO, E.: 1980: L'Etat actuel des études sur la céramique ibérique. *Céramiques hellénistiques et romaines*, Centre de Recherche d'Histoire Ancienne, 36, Paris.